

que resonaron en la parte exterior, sirviendo de pretexto á los periódicos de la demagogia y á los oradores bulliciosos para calumniar á la asamblea nacional y animar al pueblo contra el supuesto egoismo de las clases acomodadas.

Las facciones anti-republicanas y las ambiciones ocultas bajo denominaciones dinásticas, contribuian tambien á la sedicion que se manifestaba en los talleres nacionales. El prefecto de policia, Mr. Trouvé Chauvel, hombre nuevo en su cargo, pero intrépido, infatigable, y enemigo declarado del desórden, no podia ocultarse los peligros que amenazaban, y conoció que se armaba una nueva faccion para confundirse con la jóven república ó para aniquilarla. Era la faccion bonapartista.

Tenia, segun se aseguraba, muchos agentes en los talleres nacionales; pero esos agentes, ¿estaban á sueldo de subsidios voluntarios, debidos á adhesiones individuales hácia la memoria del emperador? ¿Les entusiasmaba el fanatismo de un gran nombre? ¿Era una secta? Muchos han creido que todo el complot estribaba en la inmensa popularidad del nombre de Napoleon; pero esta popularidad se convertia en una amenaza para la república. Todas las noches se formaban numerosos corrillos de partidarios en los bulevares; y aunque el gobierno empleaba con energía para disolverlos á la guardia nacional y á la movilizadada, volvian á renacer con mas fuerza. Mr. Clemente Thomas se multiplicaba en estas ocasiones para contener á los descontentos, y el gobierno proclamó la ley contra las reuniones sediciosas. El primero arrestó en una sola noche quinientos

agitadores; las reuniones cesaron, pero la doble levadura, que se infiltraba en la faccion proletaria y en la bonapartista, no cesó de envenenar el espíritu de los talleres nacionales.

XIII.

Lamartine conoció el peligro, y resolvió combatirlo con energía, antes que tomase proporciones irresistibles. Era enemigo de las proscripciones, pero no de las precauciones severas, que, alejando temporalmente á un individuo, salvan una institucion ó un pais. Así fué que tomó la iniciativa del decreto, que mantenía el ostracismo del principe Luis Napoleon Bonaparte durante el restablecimiento de la república. De todos los individuos de su dinastia proscripta, este era el mas señalado por el favor popular. Heredero del trono imperial en virtud de un senado-consulta, dicho principe, mal conocido y peor representado en Francia, era el único que habia procurado hacer valer su título á la soberanía, por medio de dos tentativas que le habian atraido el destierro.

El gobierno, de acuerdo con la solicitud de Lamartine, firmó el decreto, que el primero llevó á la asamblea, proponiéndose leerlo al fin de la sesion, cuando una discusion, ajená á su objeto, le llamó á la tribuna. Allí supo que una multitud bonapartista llenaba la plaza de la Concordia, y que un tiro disparado al comandante general, Clemente Thomas, habia herido en la mano á uno de sus oficiales. Indignado Lamartine, sacó el decreto de proscripcion temporal contra Luis Napoleon, lo colocó en la tribuna, y dijo:

—“Ciudadanos: me veo precisado á interrumpir el discurso que estaba pronunciando para deciros que acaban de dispararse armas contra el comandante general de la guardia nacional de París, contra uno de los mas valientes oficiales del ejército, y contra otro de la mencionada guardia: esos tiros se han disparado al grito de *viva el emperador!*”

“Esa es la primera sangre que ha manchado la revolucion pura y gloriosa del 24 de Febrero; pero no se ha derramado en nombre de la libertad, sino en el del fanatismo de los recuerdos militares y de una opinion que puede ser enemiga de toda república.”

“Ciudadanos: al deplorar con vosotros esa desgracia el gobierno os asegura que se habia preparado, dentro de sus atribuciones, contra cualquiera eventualidad, y esta mañana, una hora antes de venir á la asamblea, hemos firmado una declaracion que los sucesos me obligan á leeros sin pérdida de tiempo. Cuando la audacia de las facciones es tan patente, cuando ha corrido sangre francesa, la ley debe aplicarse por aclamacion. (Unánimes aplausos.)”

“La declaracion que voy á leer á la asamblea solo exige que selleve á efecto la ley existente. Era necesario para el exámen de los poderes, que puede verificarse mañana, que la asamblea nacional conociese las intenciones de la comision ejecutiva respecto á Carlos Luis Bonaparte.”

“Hé aquí, pues, el texto del decreto que os proponemos:

“La comision del poder ejecutivo:

“Visto el art. 3.º de la ley de 13 de Enero;

“Considerando que Carlos Luis Napoleon Bonaparte se halla comprendido en la ley de 1832, la cual destierra del territorio frances á los individuos de la familia de Bonaparte;

“Considerando que si esta ley ha sido derogada de hecho por el voto de la asamblea nacional, que ha admitido en su seno tres miembros de dicha familia, estas derogaciones puramente individuales no se estienden de hecho ni por derecho á los demas miembros de la misma familia;

“Considerando que la Francia quiere establecer por medio de la paz y del orden el gobierno republicano, sin que le perturben en su propósito las pretensiones ó ambiciones dinásticas, propias para formar partidos ó facciones en el estado, y por consiguiente para fomentar una guerra civil;

Considerando que Carlos Luis Bonaparte se ha presentado dos veces como pretendiente, reivindicando una república irrisoria, en nombre del senado-consulta del año xiii;

“Considerando que en nombre de Carlos Luis Napoleon Bonaparte se han revelado agitaciones atentatorias á la república popular que queremos establecer, las cuales pueden hacer peligrar la seguridad de las instituciones y la paz pública;

“Considerando que esas agitaciones, síntomas de culpables manejos, pueden crear dificultades al establecimiento pacífico de la república, si se viesen autorizadas por la negligencia ó por la debilidad del gobierno;

“Considerando que el gobierno no puede aceptar la responsabilidad de los peligros que

correrian la forma republicana de las instituciones y la paz pública, si faltase al primero de sus deberes, descuidando la ejecución de una ley existente, justificada hoy mas que nunca, durante un tiempo indeterminado, por razon de estado y por la salvacion pública;

“Declara que hará ejecutar en la parte que concierne á Luis Bonaparte la ley de 1832, hasta el dia en que la asamblea nacional decida otra cosa en contrario.”

La asamblea en masa se levantó al grito de *viva la república!* á escepcion de ocho ó diez representantes.

—“Ya conoceis, prosiguió el orador, que la emocion legitima producida por el acontecimiento que acaba de tener lugar me obliga á suprimir el discurso que tenia preparado: llego, pues, á las últimas consideraciones que dicho suceso inspiran á mi pensamiento.

“Despues de la declaracion que acabais de oir, del decreto precedente, de los que seguirán para acabar con las facciones, espero que no acusareis al gobierno de debilidad ó de negligencia en el cumplimiento de sus deberes. Por mas glorioso que sea el nombre con que se cubra una faccion, sabremos rasgar el velo y ver detras de él á los revoltosos.

“La Francia quiere la república, y la defenderá á todo trance contra los peligros que le susciten sus enemigos: no permitiremos que la Francia se envilezca hasta el punto de que la república caiga entre las manos de algunos char'atanes.”

La asamblea se levanta de nuevo al oir estas palabras, y ratifica la enérgica resolucion del gobierno.

XIV.

Acosando algunos dias despues al gobierno los amotinados, resolvió aceptar la batalla, y reunió sus fuerzas en torno de la asamblea, convencido de que era mejor resistir á viva fuerza que entregar la república á las facciones. Pero la asamblea cedió esta vez por debilidad, y abandonado por ella el gobierno, conoció que las consecuencias no se harian esperar: en efecto, las concesiones solo contuvieron un dia las exigencias de los talleres nacionales; lo único que hicieron fué cambiar de bandera.

“Lamartine, apoyado por Mr. Trové-Chavel y por el almirante Casy, aconsejó al gobierno que resignase su poder, devolviendo á la asamblea una autoridad debilitada por la misma representacion: insistió muchos dias en esta idea, y solo consintió en permanecer en su puesto el tiempo necesario para combatir contra el motin que se anunciaba.

Algunos meses despues, el destierro temporal que Lamartine pedia para Luis Napoleon se cambió en su eleccion para presidente de la república por seis millones de votos. Las previsiones del primero aparecieron felizmente desmentidas por el republicanismo de este primer magistrado; Lamartine se alegró de que sus temores le hubiesen engañado, y reconoció que el pueblo era mas prudente y confiado que él.

Las tentativas y los escándalos de la anarquía se multiplicaban en Paris, y el gobierno se re-

sistía con la persuasión, con la vigilancia, con la policía y con la guardia nacional. Faltaban leyes y Lamartine no ignoraba que los clubs, el periodismo y los escándalos eran las armas más temibles de los enemigos de la república, y que esta solo podía legitimarse por el restablecimiento del orden.

Lleno de estas ideas, propuso en el consejo su dimisión ó la adopción una serie de decretos temporales, llamados por él leyes republicanas de transición, destinados á las imperiosas necesidades de seguridad, disciplina, fuerza armada y orden.

“Yo no quiero, dijo á sus colegas, aceptar la responsabilidad de una situación débil y desarmada, que puede degenerar en anarquía. Pido, pues, dos cosas: leyes de seguridad contra esas reuniones tumultuosas, contra los clubs revolucionarios, contra los periódicos que predicaban la anarquía, y contra los agitadores de París: pido también la formación de un campamento de veinte mil hombres bajo las murallas de la capital, para que ayuden á la fuerza pública, en la campaña inminente, inevitable, que nos aguarda contra los talleres nacionales y contra las facciones, más culpables aún, que van á apoderarse de ese ejército, que es materia dispuesta para todas las sediciones. Sin estas condiciones, no permaneceré en mi puesto.

—“Ni nosotros tampoco.” le contestaron todos sus colegas. Mr. Marie se encargó de redactar los proyectos de decreto, y el general Cavaignac fué invitado á combinar los movimientos de las tropas, de modo que pudiesen

avanzar sobre París á la primera orden las divisiones auxiliares del ejército de los Alpes.

Lamartine conocía que todos los gobiernos precedentes habían caído por haber diseminado los batallones en todos los puntos de París, y quería por lo mismo que la lucha en la capital se convirtiese en una sola batalla, arreglada á la teoría del arte de la guerra, aunque en terreno más accidental. Pensaba, pues, que el ejército debía contar con una base de operaciones, con un centro fijo y sus correspondientes alas, lo cual evitaba el que cuerpo alguno fuese cortado: había consultado sobre el particular á todos los generales que habían maniobrado en París, como Negrier, Bedeau, Oudinot y Cavaignac, y todos convenían en su pensamiento, por lo cual sostuvo al último con todas sus fuerzas en la adopción de este plan contra el sistema opuesto que se pretendía hacer prevalecer.

También se informó del subsecretario de la guerra, Charras, y del general Foucher, acerca de la fuerza efectiva que había en París, y sus respuestas le parecieron completamente satisfactorias. La calumnia acusó entonces de negligencia al gobierno, cuando, por el contrario, pudo acusarse á Lamartine de demasiado precavido, pues solo tenía un pensamiento: disolver primero, y vencer después, si era posible, la insurrección de los talleres; más para que la victoria fuese decisiva y pronta era preciso imponer á la masa de los sediciosos con la de las bayonetas.

XV.

Todos los síntomas presagiaban un movimiento, y al fin estalló este el 22 de Junio á las diez

de la noche. El gobierno, avisado, se reunió en el Luxemburgo, cuyo palacio habian asaltado muchas veces las turbas á los gritos de *¡abajo Marie! ¡abajo Lamartine!* El general Cavaignac recibió el mando superior de las tropas y de la guardia nacional: Clemente Thomas, tan desinteresado como valiente, contribuyó á esta medida, reservándose únicamente el honor de la obediencia, de la abnegacion y del peligro.

La noche se pasó tranquilamente, premeditando la defensa y el ataque: ni el partido socialista ni el ultra-republicano participaron, por medio de sus gefes ó sectarios principales, de la insurreccion. Estos hombres servian entonces al gobierno; ó le servian por conviccion, ó por esperanzas, y todo indica que aquel movimiento, indeciso, débil é incoherente en su principio, solo fué organizado en los talleres nacionales; que fué un motin de la plebe y no del pueblo; una conspiracion de subalternos y no de gefes, que abortó antes de tiempo entre torrentes de sangre.

XVI.

A las siete de la mañana del 23 de Junio supo el gobierno que en la plaza del Panteon se formaba una multitud de ocho á diez mil hombres para atacar el palacio de Luxemburgo, y envió para impedirlos algunos batallones de la undécima legión, cuyo coronel era Mr. Quinet, y unos cuantos batallones de línea; Mr. Arago, conocido allí, tambien se presentó, arengó á los sediciosos, y estos se retiraron dispersándose

en los barrios del Sena, en el de San Antonio y en los bulevares.

Dichos barrios se conmueven con sus gritos, llénanse de gente las calles, los obreros bajan de las barreras, y el populacho levanta barricadas. Desde las barreras de Charenton, de Bercy, de Fontaineblau y de Menilmontant hasta el corazon de Paris, se hallaba la capital desarmada y en poder de los revolucionarios; pero el toque de generala llamaba á una guardia nacional de doscientos mil hombres, suficiente para derrotarlos: sin embargo, no correspondió al principio al llamamiento en número bastante imponente, y su lentitud y su inercia en algunos barrios abandonaron las calles á la sediccion, contentándose con ver cómo se formaban unas barricadas que luego tendrian que tomar á costa de su propia sangre.

El gobierno habia abandonado el Luxemburgo para acercarse mas á la asamblea nacional y defenderla, estableciéndose á la vez en consejo y en cuartel general, con el general Cavaignac, en las habitaciones del presidente de la asamblea.

XVII.

El general dispuso, de acuerdo con el gobierno, su plan de operaciones, resolviendo presentar sus fuerzas en masa sobre el jardin de las Tullerías, Campos-Eliseos, plaza de la Concordia, esplanada de los Inválidos, cubriendo siempre á la representacion nacional. Hizo ocupar el Hotel de Ville por quince batallones á las órdenes del general Duvivier, cuyas comunicacio-

nes debian quedar libres por los muelles, y dió al valiente general Damesme, á quien el gobierno acababa de nombrar comandante de la guardia movilizada, el mando del inmenso barrio que se estiende desde el Panteon hasta el Sena. El general Lamoriciere quedó encargado de cubrir con unos cuantos batallones la orilla izquierda del Sena, desde el castillo de Eau hasta la Magdalena, superficie inmensa que por sí sola necesitaba un ejército.

XVIII.

El combate acababa de empeñarse en el bulevar, pues dos destacamentos de voluntarios de las legiones primera y segunda, asaltaron dos barricadas y murieron en ellas por el primer fuego de los insurrectos.

No narraré los diferentes encuentros de aquellos dias, en que los generales, la guardia nacional, las tropas, la guardia movilizada sobre todo, los representantes y el mismo arzobispo de Paris derramaron su sangre, llenando á la patria de luto y á sus nombres de gloria. Negrier, Duvivier, Lamoriciere, Bedeau, Brea, Bixio, Dornier, la Fontaine, Lebreton, Foucher, Lefrançois y otros muchos sellaron con la suya generosa las páginas en que la historia encontrará su desprendimiento. Yo solo referiré lo que vi.

Al mediodía faltaban tropas para contrarrestar la sedicion; ciudadanos, alcaldes, ayudantes de campo y representantes acudian al gobierno pidiendo refuerzos para defender ó conquistar diferentes barrios; el general en jefe no podia dar lo que no tenia, y Lamartine y sus colegas,

aprobando la conducta del gefe militar, que no queria diseminar sus batallones, conocian muy bien que las tropas eran insuficientes. ¿En dónde estaban los veinte mil hombres de linea que debian ocupar los cuarteles de Paris? ¿Dónde los quince mil de las inmediaciones? ¿Dónde los veinte mil del ejército de los Alpes? El general Cavaignac ha justificado que el número de tropas existentes era el fijado por el gobierno; pero en aquellos momentos de confusion, todo parecia poco. Las fuerzas para el campamento de Paris no se habian puesto todavia en marcha; las guarniciones vecinas no podian hallarse en Paris en tan poco tiempo, y la urgencia no habia parecido tan grave el dia antes para espedir órdenes demasiado apremiantes. Se habia contado con la guardia nacional, que no acababa de reunirse en masa, á pesar de los repetidos toques de generala. Por último, es preciso confesarlo: fuese fatalidad ó tibieza, las fuerzas del gobierno no correspondian por su número á la inminencia y universalidad del peligro, el cual iba á acrecentarse por esta misma causa.

Duvivier contuvo el centro de Paris delante del Hotel de Ville; Damesme y Lamoriciere se multiplicaron é hicieron prodigios de valor con los pocos soldados de que podian disponer. A las cuatro de la tarde habia barrido y reconquistado toda la orilla izquierda del Sena, y tenia en jaque á la poblacion, sublevada en masa, del barrio del Panteon: sus informes al gobierno aseguraban que respondia de la noche y de la mañana siguiente. Lamoriciere ocupaba, aunque cercado por doscientos mil hombres, toda la superficie que

se estiende desde la calle del Temple hasta la Magdalena y de Clychy al Louvre: siempre á caballo, despues de haber perdido dos en el fuego, acudiendo á los puntos de mayor peligro, con el rostro ennegrecido por la pólvora, cubierto de sudor, ronco á fuerza de dar órdenes, y sereno en medio de la pelea, entusiasmaba á sus tropas y animaba á la guardia nacional consternada: sus partes respiraban la intrepidez de su alma, pero no disimulaba que tenia pocas fuerzas para combinar los ataques, que la insurreccion arreciaba y que se veían barricadas entre la Bastilla y el palacio de Eau, entre las barreras y el bulevar. Pedia, pues, refuerzos que el gobierno llamaba por los telégrafos, y ya iba llegando la guardia nacional de las afueras, formándose al rededor de la asamblea y mezclándose con la de Paris, á la cual daba ejemplo. Desde el momento en que el gobierno supo la llegada de aquellos cuerpos, tuvo el presentimiento de la victoria, á pesar de lo recio que iba el combate.

XIX.

El general Cavaignac se tranquilizó respecto al resultado definitivo de la batalla al leer los últimos partes que le llevaban los ayudantes. En todas partes se hallaba contenida la insurreccion, menos en el arrabal del Temple, en el de San Antonio y sus adyacentes, centro de un pueblo, en otra época turbulento, y convulsivo en la presente. Los soldados, que se batian desde el amanecer, estaban rendidos de fatiga, y la noche debia proporcionar los refuerzos pedidos

por el gobierno.—“Basta por hoy, dijo Cavaignac al consejo: es preciso que las tropas descansen, que guardemos nuestras posiciones y reorganicemos nuestras fuerzas, para libertar mañana á la patria de la orilla izquierda, que se resiste todavia.” Esta advertencia se fundaba en motivos plausibles; pero si la noche debia aprontar refuerzos, tambien podia comprometer en la sedicion á los barrios mas poblados, multiplicar las barricadas, convertirlas en fortalezas, y ocasionar inmensas pérdidas en las filas defensoras de la república. Lamartine presentó estas observaciones al consejo, diciendo:—“Tenemos todavia cuatro horas de dia y una noche larga; no dejemos estas ventajas á la insurreccion; ganémosla por la mano, estrechándola vivamente antes que anochezca; si nos faltan tropas, arrastremos la guardia nacional á la pelea, formemos con algunos batallones la última columna de ataque, y llevémosla nosotros mismos al asalto de las barricadas del Temple, que es la posicion mas fuerte de los sublevados.”

El general Cavaignac adoptó al punto este parecer; dió las órdenes convenientes, y se levantó para ponerse en persona al frente de la columna. Lamartine hizo que le llevasen sus caballos, montó en uno de ellos, y dió el otro á Pedro Bonaparte, intrépido hijo de Luciano y heredero del republicanismo de su padre. El ministro de hacienda Duclerc, tan tranquilo en la pelea como arrebatado en el consejo, quiso acompañarles: Lamartine y sus amigos se colocaron en las filas de los primeros pelotones de la guardia movilizada, y marcharon por la plaza de la Concordia y calle de la Paz, habiéndose

seles reunido el general Cavaignac con la masa de la columna al desembocar en los bulevares. Una tempestad se preparaba en aquel momento, y el general, con su estado mayor, Lamartine, Duclerc, Pedro Bonaparte y otros, seguidos de unos dos mil hombres, avanzaron al resplandor de los relámpagos y entre el ruido de los truenos y de los vivas de los buenos ciudadanos hasta la altura del palacio de Eau. En tanto que el ministro de la guerra enviaba á buscar la artillería, Lamartine fué á revistar la de la guardia nacional del Temple: aquellos valientes no eran mas que un puñado de hombres metidos en el centro de un barrio convulsivo, inflamable é indeciso entre el motin y la república; apenas pudieron contenerle el nombre de Lamartine, su presencia y sus ademanes; y por último, le siguieron dando gritos hasta el bulevar. La columna estaba dispuesta, y se dió la orden de cargar.

Lamartine y sus amigos se lanzaron con los batallones de la guardia movilizada, gritando *viva la república!* y despues de tres cuartos de hora de repetidos asaltos y bajo una granizada de balas que diezmaron generales, oficiales y soldados, fueron tomadas las fortificaciones. Lamartine deseaba morir para descargarse de la odiosa responsablidad de la sangre que iba á pesar sobre él, injusta, pero inevitablemente. Tres veces saltó de su caballo para ir á buscar la muerte al pié de la barricada, y otras tantas le rodearon y contuvieron los guardias de la asamblea: el caballo que montaba Pedro Bonaparte quedó muerto, y el suyo herido. La artillería del general Cavaignac demolió la última forti-

ficacion de los insurrectos en aquel punto, y cuatrocientos valientes, muertos ó mutilados, yacian tendidos en el arrabal.

Acompañado de Duclerc y de un guardia nacional llamado Lassaut, pasó Lamartine la línea de las avanzadas, para reconocer las disposiciones del pueblo en el arrabal de la Bastilla. Una multitud inmensa le abrió paso, acogiéndole con entusiastas aclamaciones, y él se detuvo largo rato entre ella, confianza que le preservó de la cólera de los sublevados. Aquellos hombres, cuya palidez, lágrimas de rabia y acento febril revelaban profundas emociones, le hablaron de sus quejas contra la asamblea, de su dolor al ver que la revolucion se ensangrentaba, y de lo dispuestos que estaban á obedecerle, supuesto que era su amigo y consejero, y no su adulator.—“No somos malos ciudadanos, Lamartine, le decian; no somos asesinos ni facciosos, sino desgraciados: somos trabajadores honrados, y solo pedimos que se nos atienda, y que se ocupen de nuestro trabajo y de nuestra miseria. Nosotros os amamos porque os conocemos, y estamos prontos á desarmar á nuestros hermanos.”

Así hablando, aquellos hombres, enflaquecidos por cuatro meses de luchas y de agitacion, estrechaban las manos y tocaban el vestido de Lamartine: algunos corrian á despojar los tientos de sus flores para adornar con ellas las crines del caballo; solo de vez en cuando, algun conjurado de siniestra catadura se deslizaba por el arrabal y lanzaba su grito de guerra, que era contestado por el mas numeroso de *viva Lamartine!*

XX.

Volvió éste sin haber sido atacado ni insultado, á reunirse con el general en el bulevar, y le hizo saber el estado de los ánimos por aquella parte, entendiéndose ambos en seguida respecto á las órdenes apremiantes que debían esperarse para llamar en masa á las tropas de fuera de París: dejó al general en la puerta de San Martín, disponiendo su defensa, y se dirigió á comunicar las órdenes al ministerio de la guerra y al consejo.

Era ya de noche, y el fuego había cesado en todas partes. Durante la ausencia de Lamartine, sus colegas Arago, Garnier-Pagés, Marie y Pagnerre habían ido á visitar los barrios y á animar á la guardia nacional con su ejemplo y sus exhortaciones. Ledru-Rollin había permanecido en la presidencia para comunicar las órdenes urgentes y velar por la seguridad de la asamblea.

A media noche entraban en masa por todas las barreras los regimientos mas inmediatos á la capital y la guardia nacional de las poblaciones próximas. La victoria podía ser todavía lenta, pero estaba ya asegurada.

XXI.

Sin embargo, no participaba la asamblea nacional de la confianza que tenía el gobierno, pues un partido suspicaz quería aprovecharse de aquella crisis para derribar á la comision ejecutiva, de la cual se proseguia desconfiando sin fundamento. Al dia siguiente algunos repre-

sentantes entraron en el consejo y aconsejaron oficiosamente á sus individuos que hiciesen dimision. No deseaban unánimemente los miembros del gobierno mas que salir de una situacion en que les retenia un deber imperioso contra todos sus intereses y ambiciones; pero no quisieron retirarse delante de la tempestad ni abandonar el campo de batalla como cobardes que huýen del poder durante el combate. Lamartine, Garnier-Pagés y Barthelemy-Saint-Hilaire se indignaron con energía al escuchar aquella insinuacion, y contestaron:

—“Que nos destituya y reemplace la asamblea, y obedeceremos como buenos ciudadanos; la destitucion será una orden, pero nuestra retirada voluntaria en estos momentos seria una deshonra.”

A las diez confirió la asamblea todos los poderes civiles al general Cavaignac, á quien el gobierno había investido el dia antes con el mando superior militar. Lamartine escribió á la asamblea, en nombre de sus colegas, la carta siguiente:

—“Ciudadanos representantes: La comision del poder ejecutivo hubiera faltado á sus deberes y á su honor si se hubiese retirado teniendo al frente una sedicion y un peligro público. Ahora se retira únicamente por una votacion de la asamblea, y al devolveros los poderes con que nos habeis investido, vuelve á entrar en las filas de la misma para dedicarse con vosotros á conjurar el peligro comun y atender á la salvacion de la república.”

Esta es la relacion de los principales sucesos, de los cuales he participado durante los dos primeros periodos de la revolucion de 1848 y de la fundacion de las instituciones republicanas en Francia. El destino de la república ha pasado despues á otras manos, y al porvenir corresponde retribuir, segun los hechos. Grandes servicios se han prestado y tambien se han cometido faltas: yo ruego á Dios, á mis contemporáneos, y á la posteridad, que perdonen las mias. Supla la Providencia por los errores y debilidades de los hombres. Las repúblicas parecen mas directamente gobernadas por la Providencia, porque en ellas no se ve mano intermedia entre el pueblo y su destino. ¡Proteja á la Francia la mano invisible! Sosténgala contra la impaciencia y contra el desaliento que es el doble escollo del carácter de nuestra raza; preserve á la república de estos dos azotes, la guerra y la demagogia, y haga brotar de una república conservadora y progresiva, única durable, única posible, lo que se halla aun en germen en esta clase de institucion: la moralidad pública y el reinado de Dios.

FIN.

